

ni al Hijo ni al Espíritu Santo sino que profesó la fe católica:

Que esto se pueda decir con toda verdad de vosotros; que la Bordadita os enseñe a creer, os confirme en la fe más y más y que después de la vista de Dios la mayor gloria de que disfrutéis en el Cielo, sea la de contemplar a Nuestra Señora no ya bordada por manos de hombres sino conforme ella es, llena de gloria y rodeada de sus devotos.

ROBERTO GONZALEZ OTERO
Presbítero

LOS DOS BRONCES

I
FREMIET

Desde el azul del cielo
el lumínico sol de la mañana
derrama sus alegres resplandores;
a su beso las flores
abren sus broches de beldad lozana;
desgranar los alados trovadores
dulcísimos concertos,
y los fragantes vientos
con ritmos vagorosos
del lago juegan con las glaucas ondas,
mientras mecen los árboles airosos
el abanico verde de sus frondas.

Y en el inmenso parque, cual mirando
de su amplio pedestal sobre la altura
del horizonte la extensión lejana,
ven mis ojos la bélica figura
del Padre de la Patria colombiana....

Se alza gallardamente
sobre el bridón; empuña con la diestra
la espada redentora
que brillara con luz deslumbradora
del mundo en los confines;
y frena la siniestra
al corcel, que con furia recelosa,
parece al aire sacudir las crines,
y alarga la cabeza nerviosa
cual si escuchara el són de los clarines!

¡Oh Bolívar! ¡Qué hermoso te contemplo
sobre ese pedestal en que te yergues
para servirnos de glorioso ejemplo!
Al mirarte, mi mente se imagina
que tus férvidos labios
van a decir, con ímpetu iracundo,
la palabra divina
do está la ansiada libertad de un mundo;
escuchar me parece
que resuena a mi lado
el hórrido silbar de la metralla,
y contemplo tu rostro iluminado
por el rojo fulgor de la batalla!

¡Sí! ¡Me parece verte
que aligero recorres
al galopar de tu corcel fogoso
el campo de combate, do la muerte
con ímpetu espantoso
siembra las filas de terror.... Te miro
entre el humo encrespado
que oscurece la cuenca de zafiro;
contemplo tus guerreros escuadrones
que rápidos se lanzan a la lucha
entre el sordo tronar de los cañones....
Y tú, siempre en la diestra levantando

el gladio refulgente
que terror siembra en las contrarias filas,
gallardo avanzas en la lid, llevando
la luz de la victoria en las pupilas!

¡Libertador! El bronce silencioso
despierta en mi memoria
los días inmortales de tu historia:
aquel tiempo dichoso
en que la esquivo gloria
te dio sus regios bienes,
y colocó anhelosa
una selva de lauros en tus sienas!

Aquel tiempo dichoso en que te erguías
cual fuerte roble de vigor lozano,
y con tu sombra paternal, cubrías
el suelo americano
sin saber ¡ah! que con feroz perfidia,
luchaba sin cesar por derribarte
el huracán furioso de la envidia!...

Me parece mirarte
en la hora inmortal de tu grandeza
cuando en el recio puente
de Boyacá, mirabas
cómo del humo blanco del combate
que lánguido subía
y de la noble sangre redentora,
Colombia—virgen sin igual—surgía
como surgiera Venus
con su belleza dulce y tentadora,
de las espumas de la mar bravía
y de los rojos tintes de la aurora!

Y me parece verte
—sumido de tu gloria en el abismo—
que con la veste militar manchada

por la fecunda sangre derramada
en el soberbio altar del heroísmo,
entras en las ciudades redimidas
por los filos tajantes de tu espada,
mientras que repercute en los confines
el guerrero batir de los tambores
y el áurico vibrar de los clarines,
y arrojas la guirnalda
con que adornaste frentes inmortales
a tus valientes luchadores fieles
exclamando en tu ardor: ¡es de esos bravos
este gajo de olímpicos laureles!

Y en tanto que mi vista está clavada
en la imagen silente
de quien nos dio la libertad sagrada,
el sol—ave de luz que suavemente
tendiera hacia el confín su blando vuelo—
derramando de lumbre su torrente
sigue su marcha en el azul del cielo!...

II

TENNERANI

Se levanta la efigie veneranda
del Padre de la Patria, circuida
por lánguido jardín de exangües flores,
y por funéreos pinos
en que a veces los dulces trovadores
sollozan con acentos de agonía,
y que doblan los trémulos ramajes,
como rendidos de melancolía!

Mas ¡ay dolor! El héroe portentoso
inclina ahora la marcial tizona
que ayer blandiera altivo

en el combate; su mirar pregona
 recónditos dolores,
 y la frente que ayer con resplandores
 de gloria fulgurara,
 como una flor divina
 que se rinde del viento a la braveza,
 suavemente se inclina
 bajo el peso feral de la tristeza!
 ¡Libertador! Al contemplar tu imagen
 se agitan en mi mente los recuerdos
 de la nefanda noche septembrina,
 cuando mano furente
 quiso, con el ardor de su demencia,
 cortar alevemente
 el hilo redentor de tu existencia;
 me parece mirarte
 en tus postreros días
 cuando alejado del fragor de Marte
 y el alma rebotante de amargura,
 recordabas los días inmortales
 en que agitado por furor guerrero
 blandías en la diestra
 los resplandores de tu invicto acero
 para mirar después, con noble orgullo,
 tras la pujanza de la lid bravía
 que deponiendo su terrible saña,
 cual un manso cordero se tendía
 ante tus plantas, el León de España!
 Y calmabas tus hórridas tristezas
 rememorando a solas
 de la patria naciente las grandezas:
 aquel tiempo en que indómitos guerreros
 que desdeñaban la voluble gloria,
 dejaban con sus hechos atrevidos
 sus nombres esculpidos
 en el eterno mármol de la historia!

Cuando D'Elhúyart, el sin par D'Elhúyart
 que en las memorias vive,
 moría envuelto por la azul mortaja
 que le dieran las aguas del Caribe;
 cuando en medio de olímpicas centellas
 Ricaurte a los espacios ascendía
 para buscar su tumba en las estrellas;
 cuando de los cañones
 a la espantosa lumbre
 el impasible Girardot moría
 al colocar la tricolor bandera
 del tormentoso Bárbula en la cumbre;
 cuando Caldas y Torres y mil héroes
 víctimas de la sórdida inclemencia,
 derramaban su sangre
 al grito vengador de: ¡independencia!
 cuando entre el redoblar de los tambores
 y el rojo relucir de los aceros
 y los rugidos del cañón furioso
 el intrépido Córdoba, cruzaba
 de la batalla el campo tormentoso
 al frente de sus bravos luchadores,
 a discreción las armas
 y con paso gentil de vencedores!

Y escuchar me parece que me dices
 con voz por el pesar desvanecida:
 ¡cuántas veces luché! ¡cuántas mi frente
 —ungida con el óleo de la gloria—
 coronó dulcemente
 con sus rosadas manos la Victoria!...
 Mas ¡ay!... ¡La gloria es nada!...
 ¡Es el raudo relámpago que cruza
 el negror de la bóveda estrellada;
 es flor que alza su cáliz
 de gracia vida y de beldad portento,

y que luégo miramos deshojada
 por las alas fatídicas del viento;
 es onda rumorosa
 que el aura empuja con amor galano,
 y luégo se confunde silenciosa
 con las olas salobres de Oceano!

¡Ay! Sobre mí con ímpetu iracundo
 nubes henchidas de furor se mecen;
 supe traer la libertad de un mundo
 y por eso me injurian y escarnecen;
 hoy en olvido yace
 mi nombre, y en mī alma con anhelo
 clava sus fieros gladios la amargura,
 al contemplar que el mundo se complace
 con infernal locura,
 en levantar los hombres hasta el cielo
 para verlos caer desde la altura!....

Las prósperas naciones
 que redimí tras lid enardecida,
 se desgarran con furia de leones
 en horrible contienda fratricida;
 se divide Colombia, esa Colombia
 —hija adorable de mis nobles sueños—
 que miré cual nación engrandecida
 tras de la gasa azul de los ensueños,
 y a los mandobles de la adversa suerte
 mis ilusiones cándidas y bellas,
 en mi dolor se hundieron, como se hunden
 en la nocturna sombra las estrellas!

Hoy espero tan sólo que la muerte
 a mī alma despliegue el grácil velo
 que la separa de su Eterno Anhelado,
 y mi cuerpo descienda
 del hórrido sepulcro a los arcanos
 ¡convirtiéndose así mi gloria toda,
 en un poco de polvo, que no llene
 la reducida cuenca de las manos!

....Y mientras miro con la vista ansiosa
 la estatua silenciosa
 que en pedestal de mármol se levanta,
 el blondo sol que con dulzura tánta
 derramara de lumbre su tesoro
 expira dulcemente
 entre nubes de púrpura y de oro,
 y a florecer empiezan las estrellas
 en el negror profundo
 como gotas purísimas de llanto
 que en su tristeza derramara el mundo.

¡Oh Bolívar! ¡Qué igual fue tu carrera
 a la del sol fulgente
 que se hundió tras la abrupta cordillera:
 cuando la patria mía
 del despotismo en la terrible noche
 llena de miedo y de terror yacía,
 tú fuiste sol de resplandor divino
 que con gentil clemencia
 iluminaste el hórrido camino
 por que Colombia transitara un día
 en busca de la magna independencia!

Mas ¡ay! Los divinales resplandores
 que con su luz un mundo iluminaron
 en corazones ruines despertaron
 la sórdida perfidia
 y el tesoro se hundió de tus fulgores
 en las nubes odiosas de la envidia!

Pero no! Que también se disiparon
 esas nubes malditas... Blandamente,
 para nunca extinguirse, relumbraron
 los fulgores augustos de tu gloria,
 y con su luz divina iluminaron
 la página sin par de nuestra historia!

NICOLAS BAYONA POSADA

Bogotá, octubre de 1916.